
La moralidad como orden

No es muy aventurado extender a la conciencia histórica de una sociedad los efectos pulsionales del olvido sobre la palabra, el discurso, la *memoria* y el saber. Probablemente los olvidos de la historiografía estén asegurados por la constitución sucesiva de los poderes en la historia.¹ Pues, a pesar de que el saber historiográfico no está totalmente instrumentalizado por la legitimación y tampoco expresa plenamente la memoria histórica social, los vacíos en la interpretación de algunas zonas del pasado siempre son el correlato del énfasis historiográfico en otras. Los problemas históricos y las épocas, así como los temas y las orientaciones en todas las ciencias sociales, quedan inevitablemente incluidos dentro de un sistema de prioridades electivas que no deja de configurar el orden encrático del conocimiento.

Los años que van desde la consumación de la independencia de

México en 1821 hasta la República Restaurada y el Porfiriato representan uno de los olvidos más sensibles de la historiografía mexicana. Se trata de una época con toda la ambigüedad e indefinición de los límites, pues se extiende entre el México colonial y el México moderno; una época que se abre con la creación de un Imperio y se cierra con la destrucción de otro; que atraviesa por una guerra contra España, otra contra Estados Unidos, dos contra Francia y múltiples levantamientos armados del ejército, la iglesia y caciques regionales; en fin, una época dominada por la anarquía, la dictadura, el caudillismo y la ingobernabilidad. Pero este límite o interregno de medio siglo generó, bajo su apariencia caótica, un orden de arraigadas y persistentes formas de sociabilidad política: una suerte de estructura de vínculos y solidaridades, derivada de la tensión secular entre instituciones modernas y tradicionales.

En un artículo de 1961, Robert Potash alertó sobre la necesidad de llenar ese vacío historiográfico. Trabajos más re-

¹ Una aproximación a este tema se encuentra en el artículo de Enrique Florescano, "El poder y la lucha por el poder en la historiografía mexicana", en *Nova Americana*, Turrín, núm. 3, 1980, pp. 199-238.

cientes, como *El olvidado siglo XIX* de François-Xavier Guerra y el capítulo tercero de *El nuevo pasado mexicano* de Enrique Florescano, insisten en la prioridad de reinterpretar aquella extensa frontera entre el México colonial y el México moderno. Bajoste reclamo aparece el libro de Fernando Escalante Gonzalbo *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la República Mexicana. Tratado de Moral Pública*. Tan sólo el título, de sutil resonancia decimonónica, nos advierte de su ubicación en la esfera de dos dimensiones olvidadas: una historiográfica, la del siglo XIX, y otra sociológica, la de la moral. De lo que resulta una investigación de sociología histórica sobre el orden moral —ese orden que Kant llamaba la “razón práctica”— del siglo XIX mexicano.

Escalante llega al análisis histórico luego de definir una cadena de conceptos dentro de la teoría social. Su punto de partida es la intelección de la moralidad como orden. De ahí pasa a englobar el comportamiento moral de los individuos ante instituciones públi-

cas y privadas en un “modelo cívico”. Este no es más que el código moderno de cultura cívica que se fijó en Europa, durante el siglo XIX, como “precipitado” histórico de tres tradiciones primordiales: la republicana, asociada a una ética positiva de virtudes ciudadanas que supeditan el interés privado al bien público; la liberal, que destaca el respeto a las garantías individuales dentro de un orden jurídico y político basado en la tolerancia y en la limitación del gobierno; y la democrática, referida a la politización unitiva de la sociedad civil, la participación, la justicia social y el autogobierno. El modelo cívico moderno, según Escalante, resulta de la articulación conflictiva de estas tres tradiciones que cristalizan en “la moral pública y las formas de organización política de los últimos dos siglos” (p. 35).

En el cruce de las esferas moral y política, Escalante desplaza la noción de poder, tan cara al discurso postestructuralista, por la de orden. La “estructura de la moral pública”, nos dice, se expresa como “orden político” (p. 48). Esta idea le permite indagar con mayor comodidad sobre las razo-

² Robert A. Potash, “Historiografía del México Independiente”, en *Historia Mexicana*. Vol. x, 1961. François-Xavier Guerra, “El olvidado siglo XIX”, en *Balace de la historiografía sobre Iberoamérica (945-1988)*, EUNSA, Madrid, 1989. Enrique Florescano, *El nuevo pasado mexicano*, Cal y Arena, México, 1991.

nes de la obediencia civil.³ Desde aquí Fernando Escalante formula un tipo ideal de modelo cívico, que recoge, a su vez, un tipo ideal de ciudadano. Se trata, pues, de individuos que son leales al estado porque lo consideran un instrumento legítimo de distribución y garantía del bien común y la libertad, de ciudadanos cuyos vínculos con las instituciones políticas y cuyas solidaridades entre sí se tienden sin la mediación de estamentos, cónclaves comunitarios o corporaciones. El modelo cívico de Escalante, construido en torno al eje de la racionalidad moral de la obediencia política, resulta, entonces, una proposición alternativa con respecto a otros modelos de moral pública moderna, como el de Agnes Heller en "Ética ciudadana y virtudes cívicas" y el de Gabriel Almond y Sidney Verba en *La cultura cívica*, que se centran en los códigos comunicativos de la participación política democrática.⁴

El grueso del libro de Escalante está dedicado a confrontar el tipo

ideal de moralidad cívica con las instituciones y actores sociales y políticos del siglo XIX mexicano. Se describen todas las lógicas posibles de acción moral: las de la comunidad, la hacienda, la iglesia, el ejército, el estado, la opinión pública y las de los campesinos, los hacendados, los clérigos, los militares, los políticos, los burócratas, los caciques, los intelectuales y los periodistas. El hallazgo final de toda la indagación es sombrío y desesperanzador: el modelo cívico, según Escalante, no arraigó en ninguna de las orientaciones morales históricas. Estructuras informales de naturaleza corporativa, patrimonial y clientelar, que cumplían roles de mediación y control entre los individuos y las instituciones, obstaculizaron el desarrollo de la sociabilidad cívica moderna. El principio de ciudadanía y el proyecto de un estado democrático de derecho eran ficciones liberales en tenso desencuentro con el orden moral histórico. Los ciudadanos eran sujetos que actuaban

³ El tema de la obediencia civil y política, dentro del complejo problema de la autoridad en el siglo XIX mexicano, fue abordado también por Fernando Escalante en su artículo "La sumisa desobediencia", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, t. xxxv, 1992, pp. 111-135.

⁴ Agnes Heller, "Ética ciudadana y virtudes cívicas", en A. Heller y F. Feher, *Políticas de la postmodernidad*, Península, Barcelona, 1989. Gabriel Almond y Sidney Verba, *La cultura cívica. Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*, FOESSA, Madrid, 1970.

en la imaginación liberal de las élites políticas.

Este libro rearticula de manera heterodoxa, para la sociedad mexicana del siglo XIX, un tema recurrente del discurso sociológico: la transición de un orden tradicional a otro moderno. De hecho, la sociología, en sus orígenes, no fue otra cosa que el autocercioramiento intelectual de la modernidad occidental. Comte pronosticó un tránsito místico de los periodos "teológico" y "metafísico" al "positivo", Spencer concibió un desplazamiento de la "sociedad militar autoritaria" por la "sociedad industrial libre", Tönnies formuló la transición de la "comunidad" a la "sociedad", Durkheim de la "solidaridad mecánica" a la "solidaridad orgánica" y Simmel y Weber definieron para siempre la racionalidad ascendente del capitalismo moderno. Todos los tránsitos previstos por la sociología occidental de fines del pasado siglo fueron variaciones discursivas de una misma ruptura en el orden social.

En contrapunto con este esquema discontinuo de transición, la sociología latinoamericana ha valorado la inercia histórica de elementos residuales del Antiguo

Régimen como una condición que sustituye la perspectiva transicional por la que podríamos llamar "tensional", es decir, la de la difícil coexistencia de órdenes tradicionales y modernos. Este enfoque lo encontramos ya en los trabajos precursores de José Medina Echavarría y Gino Germani y alcanza una clara exposición en la idea de Alain Touraine acerca de que en América Latina no se ha registrado históricamente un "acceso endógeno a la modernidad" sino una sucesión de "modernizaciones exógenas".⁵ Aquí, sobre culturas holísticas han actuado políticas liberales.

En la obra de François-Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, se aplica con éxito el enfoque tensional del conflicto entre formas tradicionales y modernas de sociabilidad. Guerra describe el Porfiriato como una continuación del proyecto liberal y modernizador de la Reforma y la República Restaurada que, en el ejercicio del control político indispensable para la conservación de la paz, el orden y el crédito exterior, debió instrumentalizar paralelamente mecanismos liberales y corporativos, clientelas y burocracias, gremios

⁵ Alain Touraine, "Modernidad y especificidades culturales", en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, vol. 40, núm. 4, noviembre 1988, pp. 469-476.

y logias. Guerra no transmite una visión triunfalista de las formas liberales y modernas, pero tampoco duda de la solidez doctrinaria y pragmática del proyecto, ni del "liberalismo" de las élites, ni de la "modernidad" del estado. Su interpretación se mantiene dentro de los términos de una dualidad estructural, generadora de ficciones, como la de "nación", "sufragio" y "democracia", que en ningún modo dejan de ser funcionales para el sistema de poder y obediencia.

El libro de Fernando Escalante se coloca algo más allá de este punto. En él no se trata tanto de transiciones y tensiones, como de simulaciones. Las élites proyectaban la modernidad, el liberalismo y la democracia pero no eran modernas, ni liberales, ni demócratas. La sociedad política mexicana del siglo XIX se propuso explícitamente la creación y dilatación de la ciudadanía; sin embargo, aun dentro de sus límites, es difícil reconocer la órbita moral del ciudadano moderno. Por mo-

mentos da la impresión de que Escalante invierte la lógica de la modernización y que donde aparecía un segmento liberal notabiliario que moderniza una sociedad tradicional nos presenta un entramado corporativo y clientelístico que "tradicionaliza" una élite moderna. El cambio de acento hacia el sistema de lealtades, que realiza con su modelo cívico, indica que lo que es liberal, moderno, democrático y cívico desde la dimensión del poder, no lo es desde la dimensión de la obediencia. Por eso, de la lectura de *Ciudadanos imaginarios*, se desprende la advertencia sobre un riesgo del pasado y el presente de México: el de asumir lo imaginario liberal por lo real político y diluir las modernizaciones en simulacros de democracia.

Rafael Rojas

Fernando Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios*, CES-El Colegio de México, 1992, 308 pp.